

EL GUERRERO DE TYAMATH

Vol. I LAS CRÓNICAS DE LA MADRE TIERRA

Jorge A. Buckingham



NOTA SOBRE LOS CD'S DE CARAL, LIMA - PERÚ

Preparando para edición la extraordinaria historia que Pedro Sanders nos dio a conocer, he quedado conmovido por el énfasis en su voz. Podría afirmar que la siento como si fuera la de alguien de mi familia. Varias veces he escuchado con emoción los discos compactos que Enrique Huamán tuvo la deferencia de entregarme. Se trata de un timbre grave y profundo, que todavía repercute en mi mente, y algunas veces me despierta por las húmedas noches limeñas.

Soy consciente que no puedo probar la veracidad de la presente narración, pero quizá algún día el tiempo se encargué de dar la razón a quien la tiene. Aunque las palabras sean insuficientes para revelar la oscura dimensión de la problemática de los acontecimientos que se relatarán en las siguientes páginas.

Debo mencionar muy brevemente cómo los discos compactos de Caral llegaron a ser de mi propiedad. Enrique Huamán, un circunspecto arqueólogo de la universidad decana de América, me llamó al teléfono móvil una tarde de verano. Cabe resaltar que la primera impresión que me dio no fue muy agradable; sonaba como si tuviera urgencia de conocerme personalmente.

Aducía que necesitaba concretar una cita conmigo, para hablar de algunos asuntos que serían de mi incumbencia, dada mi calidad de investigador. En esos momentos, me encontraba ocupado preparando una clase para el día siguiente. Le dije que me llamara en otra ocasión; pero él insistió y tuve que ceder para coordinar dónde y cuándo nos encontraríamos.

Aquí presento la siguiente información, la cual dejo a consideración de usted amigo lector. Particularmente, me llena de

satisfacción poder cumplir con el encargo que Enrique Huamán me encomendó. Hace varios meses que me dedico a poner en palabras esta bitácora. Reconozco que no tengo pruebas concretas de la veracidad de la siguiente narración. Sin embargo, quiero ser consecuente con mis propias convicciones.

Sí, efectivamente. Estos son hechos que realmente ocurrieron. En ese planeta que en la Tierra muy pocos conocen con el nombre de Tyamath.

JORGE A. BUCKINGHAM

Capítulo 1

Una Expedición Arqueológica

Por mis venas corre la sangre de colonizadores puritanos, que llegaron a Norteamérica en 1620. Huían de la persecución en tierras británicas, por pensar que la Iglesia de Inglaterra había adoptado demasiadas prácticas de catolicismo. Aun así, fui bautizado de muy pequeño con el nombre de Pedro Sanders. Me parece admirable que ese grupo de místicos contestatarios tuviera el valor de llevar su cultura a territorios casi desconocidos para los europeos. Es por eso y otras razones, que me complace saber que soy el último de esa línea genealógica nacido en el Perú, que probablemente continuará con el linaje de esos memorables antepasados.

Mi salud fue la de un niño normal, aunque mi madre falleciera a la hora de alumbrarme. Fueron mi padre y abuelos quienes se encargaron de mi crianza. A pesar del dolor de la temprana pérdida, las heridas en el alma poco a poco fueron cicatrizando; ellos propiciaron un clima familiar favorable para la convivencia. Procuraron brindarme la mejor educación que estuvo a su alcance. Éramos una familia unida, y yo los amaba y respetaba con devoción sincera.

Grata fue la noticia cuando me anunciaron que había sido aceptado para seguir estudios superiores en la Pontificia Universidad Católica de Lima. No hablaré sobre mi formación académica para aligerar esta historia. Me las había arreglado para elaborar un perfil profesional que reuniera los requisitos pedidos. Pasaría muy poco tiempo hasta que me avisaron que había obtenido el puesto

de trabajo en una organización no gubernamental. Al parecer, mi hoja de vida estaba al nivel de la institución, y me ofrecían un sueldo atractivo para un jovencito que recién incursionaba en la vida laboral.

Algunos días después, me avisaron que viajaríamos al complejo arqueológico de Caral (al norte de la provincia de Lima), para participar en una expedición arqueológica. Debía ocupar la función como asistente de investigación en trabajo de campo. Tomé con agrado la propuesta, e hice lo posible para dejar todo arreglado y prepararme para el paseo. Luego, me despedí de mis familiares y me dispuse a emprender el corto viaje. Al llegar al lugar indicado, tuve que ponerme bloqueador solar para protegerme del cáncer a la piel, pues el clima es cálido en esa área geográfica. Pronto me di cuenta que ser antropólogo no era suficiente para saber cómo desenvolverse en el terreno. Por suerte, obtuve el apoyo de algunos miembros del equipo, quienes rápidamente me enseñaron la mecánica del trabajo.

La visión del atardecer del tranquilo arenal, que colinda con la playa en el litoral costero, era una verdadera delicia estética. Junto a un compañero de trabajo que recién conocía, nos separamos del grupo para descansar. Al rato, sentí un poco de hambre y se me ocurrió ir a buscar algo para comer. Saqué una caja de jugo y abrí una lata de conservas para alimentarme llenando así el estómago. Me había alejado un poco del campamento. A los pocos minutos, escuché un sonido que me llamó la atención; una vibración que provenía de algún lugar entre las antiguas ruinas Caral.

Miré alrededor y vi un objeto pequeño que reverberaba a unos cuantos pasos, me acerqué y lo recogí. Parecía tratarse de un artefacto de metal. Lo toqué y los vellos de la nuca se me erizaron. Ignoraba cuánto tiempo había pasado. El corazón me latía agitadamente, por el temor y la altura. ¿Dónde se encontraría mi

compañero? ¿Por qué me había abandonado a mi suerte? Estas preguntas me provocaron una angustia profunda, al no saber qué ocurriría conmigo en ese inhóspito territorio. Asumí que mi compañero se había ido y me encontré perdido entre el desierto con la sensación de una extraña soledad.

Examiné el misterioso objeto a la luz del encapotado cielo. La escritura grabada en la pantalla del mecanismo no parecía a ninguna conocida. Al presionar mi pulgar el botón, no se encendió ninguna señal. De mala gana traté de atravesar a la fuerza el artefacto con un abrelatas. A pesar de lo liviano que parecía ser, opuso resistencia al metal, como si tuviera que vérmelas con un bloque de acero. El abridor se torció hacia un lado, mientras el objeto no tuvo ni un simple rasguño. Probé apretando el pulgar derecho sobre el círculo en la pantalla. Tal como esperaba se encendió con un sonido metálico.

El extraño artefacto proyectó una imagen que se materializó lentamente, aunque en mi estado de excitación apenas reparé en ello. Una mujer cubierta con una ligera túnica parecía necesitar ayuda. La proyección se interrumpió y la imagen se desvaneció en el aire frío. Me quedé helado cuando observé en el monitor la fecha del mensaje. Había sido grabado el 2 de abril de 1.640. Curiosamente, el día en que esto acontecía también era un 2 de abril. Por unos minutos, empecé a sollozar, mas luego me di una sacudida y comprobé que no soñaba; que en mis manos tenía un mensaje; que había llegado a destino más de trescientos cincuenta años después de haber sido enviado.

Aun ahora recuerdo con tristeza cada palabra del mensaje:

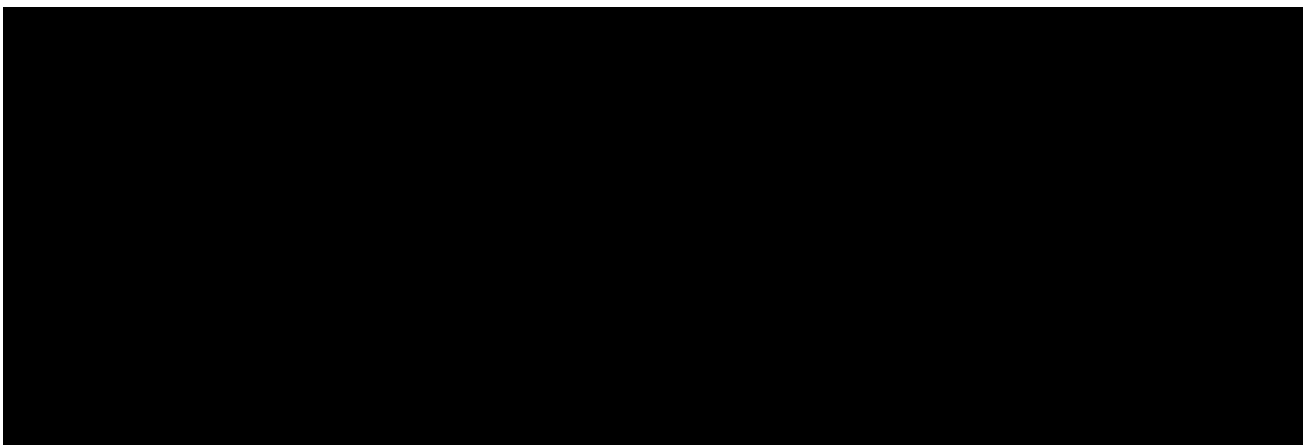
...Por cuanto he dejado demostrado que el Padre es un mito inventado por Mikhal con el objeto de retener el gobierno de Hemera en el nombre del Padre para imponer el fraude sobre toda la creación, puesto que nunca ha vuelto trayendo una idea muy

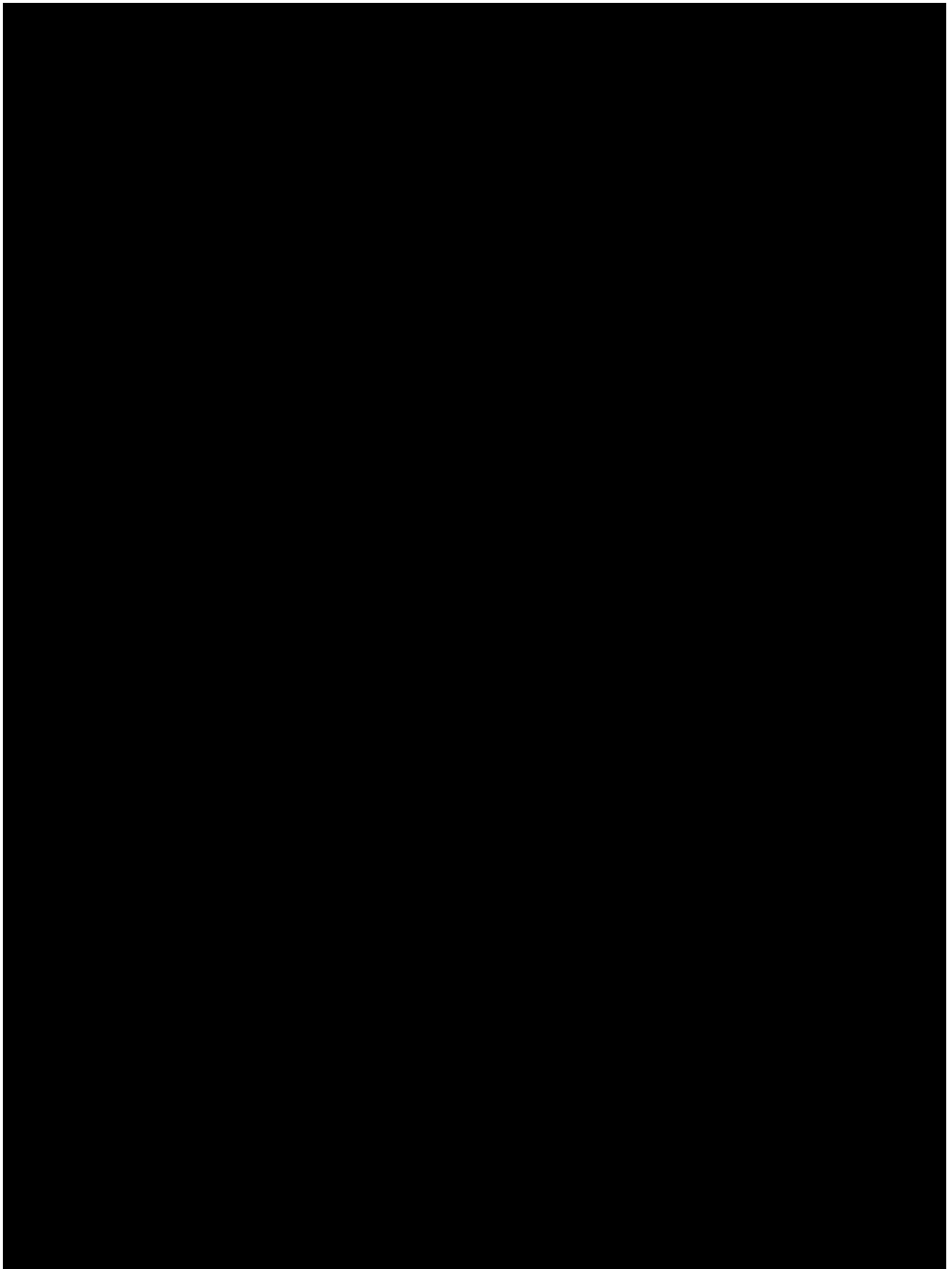
clara de la personalidad auténtica del Padre tal como se la discierne en el Paraíso; estoy dispuesto a reconocer a Mikhal como mi Padre Creador, pero no como mi Dios y gobernante legítimo...

Declaración de Libertad de Laezrel,
Soberano Absoluto del Sistema Hemera.

Proyecté el mensaje dos veces más, y mientras lo hacía, me iba sintiendo más intranquilo. No sabía de cuánto tiempo disponía antes de que oscurezca, pero quizá lograría encontrarme con los demás miembros del equipo de trabajo. Invadido por la inquietud seguí caminando hasta el cansancio. Me puse las botas y la camisa, recogí la mochila y apagué la fogata. Tenía la sensación de ser observado, una sensación bastante incómoda. Había perdido mi sentido de orientación.

¿Acaso no eran sus intenciones que conservara el extraño artefacto? De todos modos, todavía me quedaba la brújula para guiarme. Ella me auxiliaría. Pero al tomar la mochila y buscar ¡Empezaba una ventisca que pronto acabaría conmigo! El polvo se levantaba por el aire seco y me cegó la visibilidad. Por primera vez después de haber hecho el hallazgo caí en crisis. La brújula había sido mi ancla, mi apoyo, algo en que confiar. De pronto, se escuchó un ruido intenso: indudablemente mi propia voz, que estalló en un alarido repentino y asustado que siempre recordaré con humillación.





Capítulo 2

En la Ciudad de Thanis

Al recuperar la conciencia, pude comprobar que había descansado profundamente. No tenía ni la menor idea de lo que había ocurrido en las últimas horas. Después de un buen rato, recordé la visión del destello en complejo arqueológico. Yacía sobre una cama, en una habitación circular con un techo alto e iluminado. Las ventanas pequeñas y estrechas llamaron mi atención por su antiguo diseño. Luego de incorporarme me dirigí hacia una de ellas. Mis movimientos eran más ligeros y sentía que caminaba a mayor velocidad de lo deseaba. Debía tratarse de una menor fuerza gravitacional, pues al levantar una espada que estaba en una de las mesas, la sentí más ligera para su tamaño normal.

El edificio en el que me encontraba formaba parte de un conjunto de torres, altos cilindros que se comunicaban por puentes angostos y estilizados. A lo lejos, un mar se extendía más allá de unas azules montañas. Un sector de la pared se desplazó hacia un lado, y apareció un hombre alto y atlético con el cabello castaño claro. A juzgar por su vestimenta, se trataba de un líder militar de la antigüedad. Se me acercó y colocó su mano sobre mi hombro y dijo:

—Bienvenido seas, Pedro Sanders. ¿No me recuerdas? Soy Eduardo Laredo, tu amigo de la infancia. El tono familiar me tranquilizó. —¿Cómo están tus abuelos? —preguntó y sus ojos denotaban sincera preocupación.

Me observó cuidadosamente.

—Siempre los recuerdo con cariño —dijo, y se apartó. Me demoré en reaccionar, ya que mi mente tardaba en procesar muchas vivencias y emociones al mismo tiempo.

¿Acaso se trataba realmente del Eduardo Laredo que yo había conocido? ¿Era el amigo deportista, que en alguna oportunidad me defendió de los vecinos mayores del barrio? Eran muchas las preguntas que me hacía últimamente y muy pocas las respuestas, lo cual era decepcionante para un Buscador de la Verdad como yo. Algo se estaba moviendo dentro de mí. Surgían recuerdos que se habían mantenido en estado latente durante varios años, y de alguna manera, esto me hacía sentir un tanto incómodo.

—¡Eduardo Laredo! ¡Viejo amigo!—exclamé.

Se irguió y me miró con alegría. —¡Pedro! —respondió.

Nos abrazamos y nos pusimos al día de los últimos sucesos de nuestras vidas. Así pude enterarme que me encontraba en la ciudad de Thanis, la cual había sido fundada sobre una gran isla, y era la Sede Central del mundo en el que me encontraba. Él había sido nombrado como administrador hacía algunos años y era un cargo político que le gustaba desempeñar.

—Veo que trajiste el mapa estelar —añadió complacido. —Se trata de un objeto sumamente importante para nosotros.

No deseaba hablar en esos momentos, quería escuchar las innumerables cosas que tenía que decirme.

—Debes tener hambre —me dijo.

—Quisiera saber bien dónde me encuentro y para qué estoy aquí, Eduardo. —contesté seriamente.

—Por supuesto —respondió mi amigo—. Pero también es necesario que te alimentes —sonrió— Mientras comes hablaremos.

Dio una palmada y un sector de la pared volvió a desplazarse hacía un costado. A través de la abertura apareció una mujer, era la misma muchacha cuya imagen se proyectaba en el holograma que había visto en las ruinas de Supe. Llevaba una vestimenta de seda, con arreglos florales. Iba descalza y lucía un fino collar de perlas alrededor de la garganta. Volvió a desaparecer por donde había entrado inmediatamente.

Ante la indicación de mi ex vecino empecé a comer de buena gana. Los alimentos eran sencillos, pero exquisitos. El pan estaba todavía caliente, la carne parecía proceder de alguna pieza de caza. Las frutas resultaron ser una especie de uvas y melocotones y estaban tan frescas como la temperatura de la habitación. Mientras yo iba comiendo, Eduardo Laredo comenzó a hablar.

—Este mundo se llama Tyamath. —dijo —Lo que significa en todas la en todas las lenguas del planeta “Templo del Hogar”.

Hizo una breve pausa. —“Templo del Hogar” —repitió— Por lo general, en las ciudades de este mundo el santuario principal se contruye en el centro de una plataforma. En él se coloca el estandarte de la casta a la que se pertenece. Se trata de un símbolo de devoción; un espacio vital para la adoración en el que cada hombre, en su fuero interno, puede sentirse en especial conexión con el universo.

Eduardo Laredo se había levantado y parecía que iba habituándose al hablar de este tema. Más tarde comprendería algo acerca de lo que mi amigo sentía en ese momento. Efectivamente, existe una norma en Tyamath, según la cual cualquiera que se refiere a los Templos del Hogar debe ponerse de pie en señal de respeto y veneración.

—Estos templos —prosiguió Eduardo— se hallan diseñados y coloreados de manera diversa, y muchos presentan inscripciones complejas. Más de una ciudad sólo posee un Templo del Hogar

sencillo que seguramente proviene de la época en que la ciudad era un pequeño pueblo. Dondequiera que un hombre coloque su Templo del Hogar, reclama la tierra para sí. El territorio se vuelve sagrado y es protegido por los guerreros más valientes de la región.

—Podría decirse que existe una jerarquía en cuanto a los Templos del Hogar. Dos soldados sería capaces de matarse por una franja de tierra fértil, lucharían juntos hasta la muerte para proteger el Templo del Hogar de su ciudad, dentro de cuyo radio de influencia se encuentra su pueblo.

»Uno de estos días te mostraré nuestro propio Templo del Hogar, que se encuentra en estas edificaciones. Encierra una tierra que traje al venir a este mundo. Hace mucho tiempo de esto —me contempló tranquilamente—. Algún día quizá te explique más al respecto.

Me puse de pie y lo observé.

Enrique Laredo se veía alejado, sumergido en sus propios pensamientos.

—Construir un único gran Templo del Hogar para todo el planeta es el sueño de algunos estadistas. De acuerdo con los rumores tal Templo existe, pero se encuentra escondido en algún lugar de esta ciudad capital, lo cual es un secreto protegido por los Annu-ki.

—¿Quiénes son los Annu-ki? —pregunté con abierta curiosidad.

Eduardo Laredo se dio la vuelta. —Sí —dijo—. Es muy importante que te informe acerca de los Annu-ki. Pero deja que lo haga a mi manera, a fin de que entiendas mejor lo que voy a referirte.

Volvimos a sentarnos y Eduardo Laredo se concentró en la tarea explicarme paso por paso sobre su mundo.

En su relato, designaba a menudo el planeta Tyamath como la Madre Tierra, una denominación que procede del culto que se reverenciaba a la Diosa Madre en Paleolítico Superior. Extrañamente, la Luna era llamada Gadam-Salar, lo que significa Hija de la Luz, otra expresión arcáica, que sin embargo, por lo que sé, fue derivada del Sol. Existía en Tyamath una civilización que adoraba al Sol, según me enteré más tarde, pero era reducida e insignificante en comparación con el culto a los Annu-ki. Estos, quienesquiera fueran, tenían para la población el rango de dioses, los más antiguos de Tyamath, y, en un momento de peligro, aun al más valiente podría escapársele una plegaria a los Annu-ki.

—Los Annu-ki —prosiguió Enrique Laredo— son seres inmortales. Son los verdaderos gobernantes de este planeta.

—Ya veo —dije reflexivamente. —¿Qué tipo de seres humanos son?

—Se trata de superhombres. Ellos vienen de las estrellas —contestó mi amigo con un tono de misterio en su voz.

—¿Y entonces qué tipo de seres son?

—Son simplemente dioses.

—¡Vamos amigo!; Supongo que no creerás eso!

—¿Por qué no? —dijo Eduardo—. Unas entidades que están por encima de la muerte y que poseen un poder y sabiduría más allá de lo que puedes imaginar, bien podrían ser considerados de esa manera.

No respondí.

—También podríamos afirmar —prosiguió mi amigo— que a pesar de todo los Annu-ki son seres humanos, hombres como nosotros; dotados de una ciencia y una tecnología tan superiores a las nuestras como lo es el desarrollo del siglo veintiuno frente al saber de los astrólogos y alquimistas del medioevo.

Esta declaración de mi amigo me parecía más aceptable.

¿Acaso la tecnología del mapa estelar, la proyección del holograma y mi misteriosa teleportación no parecían confirmar que aquí actuaban seres con poderes extraordinarios?

—Los Annu-ki —me dijo— tienen su base de operaciones aquí en Thanis, pero su lugar de residencia se encuentra en las Montañas Hargath. Para la gran mayoría de los mortales, el Recinto Sagrado es tabú. Hasta ahora muy pocos conocen lo que hay en esas montañas.

Mi amigo parecía perder la mirada en el horizonte.

—Ha habido casos de algunos valientes que hallaron la muerte en las pendientes heladas de las Montañas Hargath. Los cuerpos de algunas personas que se habían aventurado hacia allá se encontraron despedazados entre las llanuras, como trozos de carne arrojados para alimento de los animales carroñeros.

Tuve que contener un estremecimiento.

A continuación, Eduardo Laredo me explicó las leyendas que circulaban acerca de los Annu-ki, y me enteré que, al menos en un aspecto, eran los verdaderos dioses del planeta. Según rezaba la opinión general, estaban al tanto de todo lo que ocurría en Tyamath.

—La arquitectura, la tecnología y la ingeniería genética son campos —dijo Enrique Laredo— por los que los Annu-ki demuestran mucho interés. Ellos fomentan, mediante

intervenciones activas, nuestro desarrollo en estas áreas. Resulta increíble, pero la edificación de las construcciones más majestuosas, como calendarios solares y pirámides es dirigida por ellos para sus misteriosos propósitos.

Aparte de esto existen algunos medios mecánicos de transporte o de comunicación o dispositivos de detección y monitoreo, como por ejemplo el radar, sin los cuales resulta imposible imaginar la vida militar en la Tierra de nuestros días.

—Dijiste “la Tierra de nuestros días” ¿A qué te refieres con eso?

—Ten un poco de paciencia, Pedro. Ya llegaré a ese punto. Como decía, nosotros los mortales, los cismontanos, hemos evolucionado mucho en cuanto a áreas como iluminación, construcción de ciudades, agricultura y medicina —me miró divertido— Seguramente te habrás preguntado por qué esas numerosas lagunas en nuestra tecnología no fueron llenadas pasando por alto a los Sacerdotes. Sería extraño que no hubiera mentes en este mundo capaces de inventar algo así como un fusil o un tanque de artillería.

—Yo pienso lo mismo —dije.

—Y así es —agregó mi amigo con enfado— De tiempo en tiempo ocurre algo por el estilo, pero los inventores siempre son aniquilados poco después. Mueren devorados por las llamas. —Sí —dijo— Quien posee un arma prohibida debe morir devorado por las llamas. A veces, algunos hombres rebeldes llegan a poseer material bélico y eluden la Flama Mortal, quizá durante un año. Pero tarde o temprano se les descubre y son castigados por violación de las Leyes de Armamento.

—¿Y cómo explicar entonces la existencia del portal dimensional que me trajo hasta aquí? ¡Es un ejemplo magnífico del avance tecnológico de sus civilizaciones!

—Es solo una muestra de tecnología de los Annu-ki —dijo fríamente.

—¿Crees que el portal dimensional estaría controlado por los Annu-ki? —pregunté. —Sinceramente creo que el portal de Caral que te trajo se hallaba controlado a distancia, de la misma manera, según dicen, que otros Viajes de Implantación.

—¿Implantación?

—Sí —dijo mi amigo—. Hace mucho yo realicé el mismo viaje en el tiempo y en el espacio que realizaste tú.

Igual que muchos otros seres humanos.

—Pero ¿con qué fin, con qué propósito? —pregunté.

—Cada uno, quizá, por un motivo diferente, con diversos fines —dijo.

Eduardo Laredo me relató entonces que, según referencias de los Sacerdotes, quienes se consideraban intermediarios entre los Annu-ki y los hombres. El mundo de Tyamath había sido anteriormente más grande. El enorme planeta conocido como Darkos, perteneciente a otro sistema solar, fue atraído por la gravedad de nuestro Sol, colisionando y formando con el transcurrir del tiempo este mundo. Existía otra posibilidad: quizás el planeta siempre había sido una dimensión paralela, sin haber sido descubierto. Asombrado advertí que mi amigo admitía sin más esta hipótesis imaginativa.

—Esa —dijo vivazmente— es la teoría del gran impacto. Es por esta razón que también imagino a menudo al planeta como la Madre Tierra, no sólo porque se asemeja tanto a nuestro planeta de origen. Tiene la misma órbita de revolución, a pesar de que esto requiera de tiempo en tiempo una variación en la velocidad de revoluciones.

—Pero es imposible que no lo descubran —objeté—. No se puede esconder en una dimensión paralela sin más un planeta como Tyamath. ¡Es imposible! ¡Además podría tratarse de nuestro propio planeta, la Tierra!

—Subestimas a los Annu-ki y su ciencia —dijo mi amigo seriamente— Todo poder capaz de ocultar una dimensión paralela, también puede influir en la velocidad general de revolución de este cuerpo celeste, a fin de que el campo electromagnético nos sirva constantemente de escudo protector. Estoy convencido que los Annu-ki pueden alterar la realidad, por lo menos en un área limitada, y creo que efectivamente lo hacen.

Vacíé mi jarro.

—Efectivamente existen indicios acerca de la existencia de Tyamath—dijo mi amigo— Determinadas señales naturales en el campo de radiaciones del espectro.

Mi sorpresa era evidente.

—Sí —agregó—, pero como la suposición de que pudiera existir otro mundo no es digna de crédito, estas referencias han sido interpretadas en conformidad con otras teorías, a veces se prefirió suponer imperfecciones en los instrumentos antes que admitir la presencia de otro mundo paralelo en nuestro sistema solar.

Eduardo Laredo no tenía nada más que decirme. A continuación el sector de la pared se desplazó silenciosamente hacia un costado y mi amigo abandonó la habitación. No había dicho nada acerca de la misión que me esperaba aquí. La razón por la cual yo había sido traído a Thanis era algo acerca de lo que todavía no deseaba conversar conmigo, y tampoco me explicó el secreto al parecer poco importante del extraño holograma.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

